



LLEGAR AL CIELO



Millones de personas, quizá tú mismo, saben que existe una vida eterna, pero no viven de acuerdo con ese pensamiento. Su actitud va por otro lado. Cuando hablas de este asunto, dicen: *¡Vale! Me lo plantearé cuando esté a punto de morirme.*

Descubrir la grandeza de la vida diaria; el sentido sobrenatural de la existencia humana y la misericordia de Dios; el agradecimiento del don recibido; quitarse de encima los prejuicios y vivir el Cielo en la tierra; **ser feliz en la tierra y eternamente feliz en el Cielo**; un enfoque inspirador para la vida propia y la de los demás; una guía para revisar algunas creencias y valores, descubrirlos y

afianzarlos: eso es lo que vas a encontrar en estas líneas

No le des demasiadas vueltas. Hemos nacido en un lugar, un día y una hora; tenemos unos padres y estamos viviendo lo mejor que podemos, con sus pros y sus contras. Pero no te olvides de que la muerte es una enfermedad incurable que se adquiere al nacer y, aunque no lo sepas, hay un día, una hora, un lugar y un modo en el que tu existencia terrena habrá finalizado.

Si decides ser feliz, tu vida y la de los que tienes alrededor será una delicia. Pero si optas por «ir tirando», mala cosa. Si tu vida



no tiene un sentido, un objetivo, un fin..., ten por seguro que se te va a complicar. Evidentemente, el sentido de la vida se elige y puede ser muy variado: dinero, fama, poder, placer... o **llegar al Cielo**.

Hay un momento en la vida en que conviene poner la mirada en el último día: aquel en el que moriremos. ¿Qué te has propuesto para ese día? Ten en cuenta que lo que hayas elegido como **el propósito de tu vida**, eso es lo que orientará toda tu existencia: personalidad, familia, trabajo, recompensas, etc. Si el fin de mi vida es **llegar al Cielo**, todo, absolutamente todo, cobra un sentido nuevo y maravilloso.

Cierto amigo mío, cuando le hablé de que estaba escribiendo un libro que ayudará a mucha gente a ir al Cielo, me dijo: *Yo sé que existe el cielo y que Dios lo ha previsto para que seamos todos felices, para que nos reencontremos con nuestros seres queridos, a los que amamos, pero no pienso todos los días en que este es mi objetivo; así me va. Soy el rey de los bandazos, unos días estoy superanimado y otros se me llevan los demonios.*

¿Y después de morir, qué? Dos opciones: hay una vida eterna que se concreta en el Cielo o el Infierno; o no hay nada más, todo se acaba en la incineración.

Por la senda de la humildad se va a todas partes. Toma la senda de la humildad y dedica unas horas a pensar en el Cielo y cómo llegar. Esta es mi propuesta: déjate persuadir, aunque no estés de acuerdo; acepta el reto de transitar por un terreno desconocido, o conocido, pero poco frecuentado. Revisa el camino que estás siguiendo y comprueba que es el adecuado.

Es para todos, porque todos queremos vivir eterna y felizmente. Las ideas que aquí propongo no son mías, las he hecho mías. Atrévete a dialogar con ellas y reescríbelas a tu manera.

Para situarnos, vamos a empezar recordando lo que dice Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica sobre el Cielo: *por cielo se entiende el estado de felicidad suprema y definitiva. Todos aquellos que mueren en gracia de Dios y no tienen necesidad de posterior purificación, son reunidos en torno a Jesús, a María, a los ángeles y a los santos,*

formando así la Iglesia del cielo, donde ven a Dios «cara a cara» (1 Co 13, 12), viven en comunión de amor con la Santísima Trinidad e interceden por nosotros.

El Cielo es la participación en la naturaleza divina, gozar de Dios por toda la eternidad, la última meta del inagotable deseo de felicidad que cada hombre lleva en su corazón. Es la satisfacción de los más profundos anhelos del corazón humano y consiste en la más perfecta comunión de amor con la Trinidad, con la Virgen María y con los Santos. Los bienaventurados serán eternamente felices, viendo a Dios tal cual es.

Seguramente has de estar pensando: «¿Que el Cielo es qué? ¡No entendí nada! Algo tan difícil de entender no debe ser tan bueno», o tal vez: «¡Qué aburrido suena eso de contemplar a Dios... y por toda la eternidad! A mí me gusta la actividad. Eso de ángeles, querubines y cantos gregorianos, ¡como que no se me antoja!».

Realmente, esta imagen del Cielo resulta muy poco atractiva para cualquiera. Pero es que el Cielo no es como lo pintan los cuadros. ¿Qué tal si te digo que el Cielo es algo así como la suma de todos tus momentos felices, de todos tus deseos cumplidos, de todos tus hobbies realizables? Empieza a sonar interesante, pero aún se queda corto.

El Cielo es felicidad que rebasa nuestros deseos, actividad sin cansancio, descanso sin aburrimiento, conocimiento sin velos, grandeza sin exceso, amor sin afán de posesión, perdón sin memoria, gratitud sin dependencia, amistad sin celos, compañía sin estorbos. En el Cielo, Dios nos concederá mucho más de lo que podemos pedir o imaginar y aun aquello que no nos atrevemos a pedir.

Puedes imaginarte el Cielo como quieras: imagina el lugar más bello que hayas visto, llénalo de todo lo que te guste y quítale todo lo que te disguste. Después, pon en él todo lo

bueno que te puedas imaginar, acompañado de gente extraordinariamente buena y simpática, haciendo aquello que más te guste. Cuando hayas terminado de visualizar así el Cielo, puedes estar seguro de que esa imagen es nada junto a lo que realmente será.

El Cielo no es un lugar, sino un estado en el cual los hombres encontraremos la felicidad buscada y la conservaremos por toda la eternidad.

Jesús nos habla en el Evangelio muchísimas veces acerca del Cielo y nos lo explica en un lenguaje que podemos entender: a los hambrientos les hablaba de pan, a la samaritana de un agua que sacia definitivamente la sed. Hablaba de perlas preciosas, de onzas de oro, de una oveja perdida y recuperada. Nos habla de un banquete, de una fiesta de bodas, de redes colmadas de peces, de un tesoro escondido en el campo.

Todos estos símbolos que utiliza Jesucristo nos pueden dar una idea de la felicidad que tendremos en el Cielo, ya que las felicidades terrenas son una imagen de la felicidad celeste.

¿Es posible que estemos engañados? Sinceramente, no tengo ningún interés por plantearme estas cosas, tanto si has decidido poner los medios para ir al Cielo, como si lo de ir al Cielo no cabe en tus planteamientos. Me parece que en un sentido u otro vale la pena que dediques unas horas a trabajar con las ideas de este libro. Es momento de hacerte preguntas y, después, buscar respuestas acertadas: ¿Qué es el Cielo? ¿Quiénes van al Cielo? ¿Qué haré yo en el Cielo? ¿Quiénes no van al Cielo? ¿Por qué no van al Cielo? Entonces, ¿a dónde van? ¿Y si no existe el Cielo? ¿Todo se acaba con la muerte? El cielo y el infierno ¿no serán un cuento para que nos portemos bien?...

Toma un folio y escribe cinco líneas «diciéndole al mundo» por qué quieres ir al Cielo y, debajo, cinco líneas anotando qué vas a hacer para conseguirlo. Guarda este



folio y, al cabo de una semana, léelo, míralo y corrige lo que te parezca oportuno. Haz esto cada semana durante dos meses. Guarda la última versión en lugar visible para leerlo cada año. Ya verás qué inspirador es este ejercicio. Decía W. Faulkner: *Nunca sé lo que pienso sobre algo hasta que leo lo que he escrito acerca de ello.* Con este ejercicio, irás conformando con mayor intensidad el deseo de ir al Cielo y, sobre todo, pondrás los medios para conseguirlo.

La Madre Angélica en su libro “*Respuestas, no promesas*” cuenta lo que encontraremos en el Cielo:

- Descubriremos por qué Dios ha permitido las dificultades, enfermedades y sufrimientos en esta vida.
- Descubriremos la justicia y la misericordia de Dios, al ser recompensados con un lugar en el cielo por las desventajas de esta vida.
- Descubriremos que nuestros defectos y debilidades se desprenden de nuestra alma como las escamas del pescado.
- Comprenderemos los misterios de la naturaleza y del universo.
- Seremos capaces de asimilar las grandes verdades con facilidad. Nada nos será difícil.
- Descubriremos los misterios de Dios, que se irán revelando ante nosotros.
- Amaremos y seremos amados por todos, sin sentir jamás aversión o antipatía alguna hacia nadie.
- (...)
- Jamás tendremos hambre, ni sed, ni pobreza.
- Nunca volveremos a tener miedo.

Y ¿cuál es la hoja de ruta para llegar al Cielo? *

Texto del libro: **Llegar al Cielo. Hoja de ruta para acertar en la vida.*

Eduardo Martín del Olmo Mengual



SAN JOSÉ, MI PADRE Y SEÑOR

La Iglesia entera reconoce en San José a su protector y patrono. A lo largo de los siglos se ha hablado de él, subrayando diversos aspectos de su vida, continuamente fiel a la misión que Dios le había confiado. Por eso me gusta invocarle con un título entrañable: Nuestro Padre y Señor (San Josemaría).

San José, mi Padre y Señor, me llama la atención la facilidad con la que reconoces y asientes a la Voluntad de Dios. Quizá el secreto de tu **fe** y de tu obediencia está en las palabras del Evangelio: Era justo. Justo, en el lenguaje de la Escritura, es el hombre que, de todo corazón, quiere conocer y hacer la voluntad de Dios.

San José, mi Padre y Señor: Siempre he oído que, con su nacimiento en un establo, Jesús quiere enseñarnos, desde el primer instante, a amar la **pobreza**. Dios, Creador y Señor del universo, Rey de reyes y Señor de señores, ¡se hace hombre y tiene por cuna un pesebre! Jesús, María y tú vivisteis siempre gozosos esa virtud que nos da el título de personas libres. Tú, que eres maestro de todas las virtudes, enséñame y ayúdame a ser pobre de verdad. La pobreza es, antes de nada, pobreza de espíritu y consiste en reconocer sinceramente que sin Dios no somos nada, no podemos nada y no tenemos nada.

San José, mi Padre y Señor: Al huir a Egipto os convertisteis en inmigrantes. Un largo viaje, muchas horas de camino e incertidumbre al no saber qué os esperaba al día siguiente, pero con la seguridad de estar en las manos de Dios. Nunca dejasteis de ser felices, nunca perdisteis la paz que da obedecer a Dios, porque el secreto de

la felicidad en la tierra es amar la Voluntad de Dios y **confiar** absolutamente en Él. Pase lo que pase. Lo que Él dispone es lo mejor para nosotros. Sabíais, además, que el Niño era el Mesías, que traía la Salvación para todos los pueblos y la resurrección de los hombres.

San José, mi Padre y Señor: ¡Eres **humilde**! El centro de atención de tu hogar se llama Jesús. Después está María. Y tú te consideras un privilegiado por poder amar y servir a los dos, permaneciendo siempre en un segundo plano. La humildad es la condición de todas las virtudes. Es aceptar la verdad sobre nosotros mismos y vivir de acuerdo con esa medida exacta de la verdad: eres criatura y dependemos absolutamente de nuestro Creador y también de los demás para muchas cosas. A la vez nos sabemos Hijos de Dios, que es lo más grande que el hombre puede ser.



Colegio
Montessori

Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca

www.montessorisalamanca.net